

LA TIENDA DE LOS DESEOS



HIYOKO
KURISU

LA TIENDA
DE LOS DESEOS

Traducción de Marta Moya

 Planeta

SUMARIO

Prólogo.....	9
1. Los caramelos de la avaricia.....	11
2. El azúcar de la invisibilidad.....	45
3. Los pastelitos de castaña a la vista	77
4. Los tofes endosa contratiempos.....	107
5. Las manzanas de caramelo de la constatación.....	137
Final. Los pastelitos de legumbres de la despedida	167

CAPÍTULO 1

LOS CARAMELOS DE LA AVARICIA



Mi novio llevaba un tiempo bastante apático.

Yo sabía que no era culpa suya. Estaba liado con los exámenes de ingreso a la universidad y lo entendía, pero, aun así, me sentía muy sola.

Cada vez nos escribíamos y llamábamos menos, y casi siempre era yo quien empezaba las conversaciones. Me avisó de que con los exámenes quizá no podría contestarme, y yo acaté, interpretando el papel de novia dócil y comprensiva, pero entonces no tenía ni idea de que cada mes fuera a haber tantos simulacros de examen. Casi parecía que hubiera más épocas de exámenes que épocas sin ellos.

Mis amigas me decían que tendría que dar gracias por tener novio y que me quejaba por vicio. Nadie me entendía.

Mi novio me gustaba desde la secundaria. Él iba un curso por delante de mí y era el presidente de la asociación de alumnos, un chico guapo e inteligente que, para colmo, se llevaba bien con todo el mundo. Lo adoraba.

Aunque me entregué en cuerpo y alma a los estudios

para conseguir entrar en el mismo instituto de bachillerato que él, durante cerca de un año me limité a observarlo de lejos... hasta que por fin me atreví a decirle que me gustaba y él accedió a salir conmigo.

Yo seguía pensando que era un milagro que hubiese aceptado salir con una chica tan normalita como yo, no especialmente bonita y cuyas notas estaban muy lejos de los excelentes que él estaba acostumbrado a sacar, pero el sueño llegó a su fin con las vacaciones de primavera: en cuanto empezó tercero, de repente cambió a «modo exámenes» y su actitud hacia mí también se enfrió.

Pensar siquiera en salir a divertirnos a cualquier sitio los festivos era una locura, y aunque el camino de ida y vuelta al instituto era un ratito valiosísimo que teníamos para disfrutarlo juntos como pareja, él empezó a ir a la academia, y los días que no tenía clase también se encerraba en la sala de estudios para seguir trabajando.

Se podría pensar que mejor eso que suspirar por un amor no correspondido, pero lo cierto es que sufría bastante más que antes de que empezásemos a salir.

Aun así, no quería quejarme y que se cansase de mí. Que me tomase por una pesada y me mandase a paseo. Lo cual no significaba que no me muriese por verlo, por hablar con él y que volviese a ser dulce conmigo.

Quizá estaba siendo demasiado egoísta. ¿Debía limitarme a esperar pacientemente hasta que terminase los exámenes? Estábamos en mayo, de modo que aún me quedaban diez meses enteros.

Lo que me temía era que, cuando él empezase la uni-

versidad, nos distanciáramos todavía más. Se olvidaría de mí, haría buenas migas con alguna chica del mismo club o de su trabajo a tiempo parcial y lo nuestro se apagaría para siempre. Aguantar un año para luego terminar con un desenlace como ese sería un golpe demasiado duro.

¿Qué tenía que hacer? No podía sentarme a esperar que él se acordase de mí como por arte de magia; eso no iba a ocurrir.

Un día, al salir de clase, me dirigí con pasos apesadumbrados al santuario que había cerca del instituto. Se encontraba un poco lejos del área residencial; era un templo recogido y solitario en lo alto de una pequeña colina y rodeado de árboles frondosos, de modo que había que subir unos cuantos escalones de piedra para llegar.

Ese era el templo que había visitado antes de mis exámenes de ingreso al bachillerato y también antes de decirle a mi novio lo que sentía por él. Como en ambas ocasiones las cosas habían salido mejor que bien, desde entonces me pasaba por allí cada vez que se acercaba algún acontecimiento importante. Si alguien se hubiese enterado de que a mi edad seguía confiando tanto en los dioses, seguro que me habrían tildado de inmadura, por eso nunca había revelado a nadie aquel secreto.

Los árboles y las escaleras conferían al recinto una intimidad muy conveniente, a resguardo de las miradas indiscretas.

Hice mi ofrenda, toqué la vieja campana y junté las manos delante del pecho en posición de rezo.

«Por favor, que mi novio y yo sigamos juntos mucho tiempo. Que estemos cada día mejor», recé.

Pero los pensamientos oscuros no tardaron en interrumpir mis oraciones: «¿Seguro que le gusto? ¿Y si solo me dijo que sí porque le dio pereza rechazarme? Quizá solo fue por capricho».

Me asaltó un calor repentino en los párpados y los ojos se me emborronaron de lágrimas.

Era consciente de lo nerviosa que estaba. Sabía que, en momentos como ese, era el vivo reflejo de «la novia pesada que todos los hombres detestan» que había leído en una revista. Aun así, ¿acaso era posible hacerlo todo perfecto con el primer novio?

En ese instante me pareció percibir un aroma familiar en el viento y volví la mirada hacia las profundidades del recinto.

—¿Eh?

Una parte de la zona en teoría cubierta de árboles y hierba estaba totalmente despejada. Abrí los ojos de par en par.

¿Era obra del sacerdote del templo? ¿Había talado los árboles porque le molestaban? Pero ¿por qué solo en esa parte? Por si fuera poco, me pareció que aquella brisa provenía de ese lugar en concreto. Un aroma extraño, como a incienso y a árboles viejos.

Agarré con fuerza el asa de mi mochila y me adentré en las profundidades del recinto. Cuando me hube acercado lo suficiente como para ver entre los árboles, un escenario inesperado se desplegó ante mí.

—¿Qué...?

Un camino recto y sin pavimentar. A ambos márgenes se alineaban antiguas casetas de madera que le conferían un aire de otros tiempos. También colgaban farolillos de papel, como en los festivales.

Era una antigua calle comercial bañada por la luz anaranjada del atardecer.

—Pe... Pero ¿qué...?

No recordaba que hubiese ninguna callejuela de tiendas como esa detrás del santuario. Además, ¿por qué el camino llegaba hasta allí? Era como si el templo fuese la entrada a la calle.

Algo resultaba muy extraño en todo aquello, pero me dejé llevar por la curiosidad, seguramente porque se parecía a un pueblo del periodo Shōwa que había visto tiempo atrás en una película.

Di un paso adelante con mis mocasines ya domados por el uso. La calle estaba sin pavimentar, por lo que quizá lo más correcto habría sido decir que era un simple «camino» de arena compacta con algunas piedrecitas aquí y allá.

La mayoría de las tiendas estaban cerradas y parecían muy antiguas, aunque no se podía decir que fuesen especialmente bonitas. Algunas tenían colgado el cartel de CERRADO mientras otras directamente daban un portazo al pasar yo por delante. Me pareció un poco desagradable, la verdad.

En algunas era imposible adivinar desde fuera lo que se cocía dentro, y había otras cuyos carteles estaban escri-

tos en un alfabeto extraño, lo cual resultaba bastante siniestro. El hecho de que no hubiera farolas, solo la luz de los farolillos de papel colgantes, blancos y rojos, contribuía a crear un ambiente de lo más irreal que ponía la piel de gallina.

¿Por qué no di media vuelta en aquel momento? ¿Por qué seguí adelante? Ni siquiera yo lo sé. Supongo que la angustia y la desesperación se apoderaron de mí. Y eso que, por lo general, era una cobardica que no se atrevía ni a entrar en la casa encantada del festival cultural del instituto. De haber estado allí mi novio, le habría tirado del brazo para rogarle que no entrásemos. «Larguémonos de aquí, tengo miedo.» Sí, eso era lo más probable.

Al cabo de un rato llegué al final del camino, en concreto a una tienda de la que por fin se escapaba algo de luz. Estaba situada en un extremo de la calle y tenía una apariencia más limpia y bonita que el resto de los establecimientos. También se la veía antigua, pero se apreciaba cierto mantenimiento en las paredes de madera de color ámbar. La puerta, también de madera, contaba con un visillo de cristal y algunos adornos, además de linternas de papel de color melocotón.

En el rótulo de la entrada habían escrito con un pincel: «CONFITERÍA KOHAKU».

Me llamó la atención que hubiesen usado el ideograma de «hechizo» para escribir «confitería» en vez del de «dulce occidental», que era el que se solía utilizar. Tampoco entendía que la tienda permaneciese cerrada «los días de luna nueva y luna llena».

Aun así, no parecía el tipo de establecimiento en el que casi te veías obligada a comprar productos caros y, además, me apetecía algo dulce, por lo que no me hizo falta buscar más excusas. Abrí la puerta. Tras un ligero chirrido, el interior en penumbra de la tienda apareció ante mí.

Bajo la luz de las lámparas del techo, una variedad de dulces se amontonaba sin orden en las estanterías altas hasta mis caderas: había desde los tradicionales pastelitos de arroz y pasta de judías a los clásicos caramelos de azúcar de colores, todos muy retro.

—Bienvenida. No es habitual ver a seres humanos por estos lares.

La luz proveniente de la oscuridad me asustó y me encogí de hombros con un brinco. Volví la mirada hacia el fondo de la tienda y descubrí a un joven rubio y muy guapo vestido con un *hakama*, unos pantalones anchos de ceremonia. Supuse que tendría unos veinticinco años. Sus ojos almendrados también eran dorados, mientras que su piel lucía una tonalidad blanca. No parecía en absoluto japonés. El pelo lo tenía de color claro, un poco largo, pero sin llegar al mentón, y por un instante me pareció que en lo alto de la cabeza le asomaban un par de orejas de zorro, pero enseguida descarté esa ocurrencia.

—Ho... Hola, buenas tardes. ¿Qué quieres decir con que no es habitual ver a seres humanos?

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa. Sus facciones tenían un aire tan artificial que me pareció aún más irreal, como si se tratase de un muñeco exquisitamente confeccionado.

—Estamos en la calle del Crepúsculo, en la frontera de la Ciudad de los Muertos. Aquí solo nos visitan fantasmas, espíritus malignos y personas atenazadas por las preocupaciones, como tú.

—Eh...

Su explicación me sorprendió, pero enseguida lo entendí.

Aquella, sin duda, debía de ser una de esas tiendas en las que toda la decoración y el trato de los empleados obedecía a un concepto concreto, como en un parque temático. Aunque últimamente esa clase de cafeterías y tiendas se habían puesto muy de moda, albergaba mis dudas de que el negocio llegase a funcionar en un lugar tan recóndito como ese.

—Perdón, pero ¿si aún no me he presentado! Me llamo Kogetsu y soy el propietario de esta tienda —saludó el joven con una voz un poco demasiado aguda para un varón, pero refrescante a la vez, e inclinó la cabeza con una reverencia.

—En... Encantada. Ya veo, entonces... ¿tú eres una especie de zorro? —pregunté, pensando que las orejas que me había parecido ver hacía un instante debían de formar parte de algún tipo de disfraz. Me sabía mal no decir nada al respecto después de todo el empeño que el chico ponía en su interpretación, aunque seguramente eso se debiera a que yo era la primera clienta en un buen rato.

—Vaya, qué perspicaz. Aunque has acertado solo a medias.

—¿Solo a medias? —pregunté, pero Kogetsu no añadió nada más. Decidí preguntarle sobre otra cosa que me había llamado la atención—: Disculpa, ¿por qué cerráis los días de luna nueva y luna llena?

—Porque no me gusta la luna en esas noches. Verás, yo soy un ser incompleto y las fluctuaciones de la luna no me sientan bien, en concreto cuando está más poderosa y cuando está más débil —respondió con tono sarcástico. ¿Guardaría eso relación con lo que había dicho de que era «solo mitad zorro»? Aunque, pensándolo mejor, si solo descansaba dos días al mes, era lógico que enfermase... La ausencia de otros empleados me confirmó que probablemente llevaba el negocio él solo.

Empecé a ojear los productos de las estanterías mientras pensaba que era una lástima que un chico así de guapo se pasase el día encerrado en una tienda tan poco popular.

—La inestabilidad de un ser siempre responde a una razón. Hay algo que te angustia, ¿no es así?

Su inesperada pregunta hizo que se me cayeran los caramelos de colores que en esos momentos tenía en las manos.

—Có... ¿Cómo lo has sabido? —pregunté, clavando sin darme cuenta mis ojos en los suyos. Sus pestañas también eran rubias, y tan largas que podría sostener una cerilla en ellas.

—Supongo que por experiencia e intuición... Oh, ¿te gustan esos caramelos?

—Ah, pues...

Kogetsu miró los dulces que yo había cogido y sonrió. Los caramelos estaban dentro de un recipiente redondo y transparente, y eran unas bolitas de azúcar de una gradación de colores entre púrpura claro y azul, como las hortensias. Eran muy bonitos, pero lo que me llamó la atención fue otra cosa.

—Es que el nombre me tiene algo intrigada.

Todos los artículos de la tienda tenían nombres un tanto peculiares. Desde los tradicionales pasteles *daifuku* rellenos de pasta de judías a las conocidas tortitas *dorayaki*, todos llevaban algún calificativo extraño en el nombre. Los caramelos de azúcar que había cogido, comúnmente denominados *konpeitō*, también tenían el suyo: eran los «caramelos de la avaricia». Los había cogido casi sin darme cuenta, preguntándome si yo también era una avariciosa.

—Si te comes uno de esos, algo pequeño y bueno ocurrirá. Pero solo puedes comer uno al día —explicó Kogetsu llevándose el dedo índice a los labios, como quien desvela un secreto.

—Ya lo entiendo, por eso son los caramelos de la avaricia. Pero ¿no es un reto demasiado grande comer solo uno al día?

—Por supuesto... Pero si ignoras la dosis recomendada, yo no me hago responsable de lo que suceda.

El corazón me dio un vuelco. Una repentina frialdad en su semblante pareció una amenaza.

«¿De lo que suceda?» ¿Y qué se suponía que iba a suceder? La interpretación de Kogetsu se me antojó tan real

que me olvidé de que aquello no era más que una pura pantomima y me estremecí.

—Me los quedo.

Le entregué los caramelos con gesto decidido. No quería que se diese cuenta de que había logrado asustarme.

Solo costaban trescientos yenes. Eran baratos, había muchos y parecían estar bastante ricos; no creí que estuviera tirando el dinero.

Después de pagar en el mostrador, donde había una antigua caja registradora con un teclado como los de antes, Kogetsu metió el recipiente de los caramelos dentro de una bolsa de papel de color sepia.

—Muchas gracias. Consúmelos según las instrucciones y la dosis recomendada.



«Qué tienda tan extraña», pensé mientras contemplaba distraída los caramelos en mi cuarto, tras volver a casa. Ese tendero tan descarado tenía pinta de sacarse un sobresuelo leyendo la fortuna. Eso explicaría el ambiente tan misterioso del establecimiento y su dramática interpretación.

—¿Pruebo uno?

Ya había cenado y todavía no me había lavado los dientes.

Me levanté de la cama y cogí el recipiente de los ca-

ramelos que había dejado encima del escritorio. Primero me puse unos cuantos en la palma de la mano, pero enseguida recordé las instrucciones de Kogetsu y los volví a dejar en el recipiente.

«No es que tenga miedo, solo me da lástima no seguirle el juego», me dije mientras observaba la única bolita de azúcar que me quedaba en la mano.

Una ola de puro dulzor me inundó el paladar cuando me la metí en la boca. Era tremendamente dulce, pero un ligero toque a menta le daba el frescor justo para que el azúcar no resultase tan empalagoso. Pedir a la gente que se conformase con una sola bolita era un auténtico sinsentido.

Sin embargo... no es que a mi edad creyese en la magia, pero si de verdad ocurría algo bueno por solo trescientos yenes, podría considerarme afortunada.

Mi móvil sonó justo en el momento en que me sentaba en la silla para terminar de preparar las clases del día siguiente. Lo había dejado encima de la cama, junto a la almohada. Por el tono supe que no era un mensaje, sino una llamada.

Me lancé sobre el aparato y miré la pantalla. Era mi novio.

—¡Hola! Dime... —Los nervios me quebraron la voz, que sonó demasiado estridente. Jolín, es que hacía siglos que no me llamaba.

—Ah, ¿Kana? ¿Puedes hablar ahora?

—S... Sí. Claro. ¿Qué pasa? No sueles llamar nunca...

—Justo acabo de terminar los exámenes de prueba de la academia. Hoy tengo todo el tiempo del mundo para

charlar. —Tal vez era por los exámenes, que le habían ido bien, pero su voz sonaba muy alegre.

—¿En serio? Qué bien...

—Siempre llamas tú, así que he pensado que esta vez podía llamarte yo.

Sus palabras me inundaron de gozo.

Mi novio solía más bien limitarse a escucharme, pero ese día lo noté muy hablador. Por si fuera poco, también se rio con ganas y escuchó con atención las tonterías que le conté yo, como una broma que había soltado el profesor en clase o la metedura de pata de un amigo. De repente me había convertido en la chica más feliz del mundo.

Estuvimos charlando durante una hora hasta que al final colgué, eufórica.

Me fundí en un largo y cálido suspiro, estrechando el móvil contra el pecho. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

«¿Y si de verdad han sido los caramelos?»

Los miré de reojo, evocando el recuerdo de su dulzor en mi lengua.

Tonterías, no podía ser. Simple casualidad, nada más.

Eso fue lo que me dije, pero, al día siguiente, volví a comer una bolita antes de ir al instituto.

Justo al llegar a mi mesa, una amiga de otra clase me llamó desde el pasillo. El año pasado habíamos cursado la misma asignatura y seguíamos intercambiando mensajes y hablando de vez en cuando. Dejé la mochila en mi mesa y me acerqué a ella.

—Hola. Qué raro que vengas a verme, ¿pasa algo?

—Es que quería darte una cosa. Toma.

Lo que me entregó con una enorme sonrisa fueron dos entradas para el cine, y encima para ver una película de *anime* que aún no habían estrenado, pero de la que ya hablaba todo el mundo.

—Oh, ¿y esto?

Ella volvió a reírse entre dientes.

—Verás, es que me interesaban los regalos que sorteaban con la compra anticipada de las entradas y terminé comprando un montón. Ahora tengo demasiadas y he pensado en darte un par. ¿No dijiste que a tu novio le gustaba este *anime*?

—¡Sí!

En ese momento no recordaba haberle comentado nunca eso, pero lo que sí era cierto era que me había puesto a ver esa serie porque quería tener temas en común para hablar con mi novio.

—La estrenan este sábado, id a verla los dos, anda.

—Oh... ¡Muchas gracias! —le agradecí, superemocionada.

—Nada, nada. Bueno, ¡nos vemos! —se despidió diciéndome adiós con la mano mientras volvía a su aula.

Me había regalado dos entradas. Sin perder ni un minuto, le envié un mensaje a mi novio. Le expliqué que una amiga me había dado dos entradas de venta anticipada para la película de *anime* y que si quería que fuésemos a verla juntos. La respuesta no se hizo esperar: el sábado estaba libre porque no tenía clases en la academia, así que perfecto.

¡Qué bien! ¡Por fin una cita después de tanto tiempo!

Estuve a puntito de hacer el gesto de la victoria en medio del pasillo cuando de repente me quedé congelada. Tras la llamada de la noche anterior, esa mañana también había sucedido algo bueno e inesperado. Intenté convencerme de que era simple coincidencia, pero cada vez estaba más segura de que el poder de aquellos caramelos era real.

«Si te comes uno de esos, algo pequeño y bueno ocurrirá.» De repente me acordé de la misteriosa CONFITERÍA KOHAKU y del rostro bello y casi artificial de Kogetsu. Habiéndolos comprado en un lugar como ese, cualquiera podría creer en su magia, ¿no?

Tenía claro que no iba a depender de amuletos ni de objetos de la suerte, pero decidí que mientras esos caramelos siguiesen regalándome «algo pequeño y bueno» cada día, yo creería en ellos y me los iría comiendo uno a uno.

La buena suerte continuó durante los días siguientes. Gané un sorteo en el supermercado, me salió en el examen el contenido que había repasado hacía poco y más cosas que, aunque triviales, servían para aportar un poco de luz y color a la monótona existencia de una estudiante de bachillerato como yo. Nuestra cita para ir al cine también fue sobre ruedas y mi novio me regaló un portaminas a juego con el suyo para que no me sintiera sola mientras él andaba tan ocupado con los estudios. El diseño era sencillo y muy de adulto, sin los dibujitos que tenía el que había estado usando hasta el momento. Como no celebrábamos nada, ese inesperado regalo me tocó la fibra

y derramé unas lágrimas. «¡No hay para tanto!», exclamó él, sorprendido.

Y así fueron pasando los días hasta que el mes de mayo terminó y llegaron los exámenes parciales.

Desde el momento en que se anunciaron los contenidos que entrarían en las pruebas, los alumnos de tercero empezaron a llenar con sus nervios y angustia la biblioteca y las aulas de estudio. Los mensajes y las llamadas de mi novio también cesaron de golpe. En un abrir y cerrar de ojos habíamos vuelto a la casilla de salida, a la época en que, por mucho que quisiese hablar con él, tenía que contenerme para no molestarlo.

A pesar de que durante la época de exámenes siguieron sucediendo cosas buenas, esas pequeñas alegrías ya no eran suficientes para imponerse al estrés de las pruebas y la tristeza de no poder hablar con mi novio. Me había acostumbrado a esas pequeñas dosis de suerte y ya no me sorprendían.

Solté un suspiro mientras resolvía un ejercicio con el portaminas. Había llegado el último día de exámenes. La verdad era que me habían ido bastante bien, quizá porque había dedicado todo mi tiempo al estudio para no sentirme tan sola; así nadie podría decir que haberme echado novio había perjudicado mis resultados académicos.

Ese día terminaban los exámenes para mí, pero no me sentía en absoluto liberada. En la academia de mi novio seguiría habiendo evaluaciones periódicas y era de esperar que eso lo mantuviese tan ocupado como hasta el momento. Allí separaban a los alumnos por niveles, por eso

era tan importante sacar buenas notas en todas las pruebas si quería seguir avanzando. En cierto modo lo comprendía.

Pero comprender algo y ser capaz de aguantarse son dos cosas muy distintas.

Volví a casa y me tumbé en la cama. Seguía apesadumbrada. A pesar de haber terminado los exámenes, no tenía ganas de ver ninguna serie ni de leer un manga, actividades en las que en otro momento me habría sumergido de cabeza como si llevase siglos esperándolas.

Empecé a jugar con el tarro de los caramelos. Había comido ya tantos que el contenido se había reducido a la mitad.

Me sentía algo frustrada, pues, al fin y al cabo, había cosas que un pequeño golpe de suerte no podía resolver. Y eso que al principio me había sentido invencible.

«Pero solo puedes comer uno al día.» De pronto recordé la voz de Kogetsu.

Hasta la fecha había seguido fielmente sus instrucciones, pero ¿qué pasaría si rompía las reglas? Kogetsu nunca había concretado las consecuencias de comer muchos caramelos a la vez.

Si con uno al día ocurría una cosa buena, pero pequeña, quizá comiendo muchos ocurriría algo muy bueno, ¿no? Mi cabeza empezó a dar vueltas a esa idea.

Desconocía los motivos de la prohibición, pero de pronto hervía con el deseo de intentarlo.

«Come los que quieras, anda», susurró el diablillo dentro de mí. No me lo pensé dos veces: abrí la tapa del reci-

piente, vertí unos cuantos caramelos en la palma de la mano y me los zampé de golpe.

Ahora tenía la boca llena de bolitas de azúcar difíciles de masticar. Una explosión de dulzor me invadió el paladar e incluso hizo que se me saltaran un par de lágrimas.

El contenido del tarro había vuelto a menguar, pero no me arrepentía; más bien todo lo contrario. Me sentía aliviada y satisfecha, como cuando terminas de engullir un pastel.

—¡Kana, a cenar!

Mi madre me llamaba desde el pasillo.

—¡Voy!

Cuando llegué al comedor, descubrí que mi madre había cocinado el pollo en salsa de tomate que tanto me gustaba, acompañado de ensalada de patata y huevas de pescado, también mi favorita. Casi nunca la preparaba porque decía que se tardaba mucho tiempo.

—¡Anda, mis platos favoritos! —exclamé mientras me sentaba a la mesa.

Mi madre se rio entre dientes.

—Hoy has terminado los exámenes, y tengo la sensación de que te has esforzado mucho, así que he pensado que te merecías un premio.

—Oh... Gracias.

Aunque era cierto que me había esforzado, no me atreví a contarle mi auténtica motivación y sentí una punzada de culpabilidad. Asimismo, me daba vergüenza pedirle consejo sobre mi novio.